

LOAS DE AGUSTÍN DE ROJAS

85

I.—(Sin título.)¹

- ROJAS. ¿No es buena la necesidad en que este demonio ha dado?
- GÓMEZ. No es sino un deseo honrado de servir á esta ciudad.
- ROJAS. ¿Estáis loco? ¿Qué decís? ¿Pues representar queréis? ¿Qué autor de fama traéis? ¿O con qué gente venís? Villegas y Ríos presentes con tan buenas compañías, tantas farsas, bizarrías, tan buena música y gentes, venís á representar: yo no acabo de entender qué os ha podido mover.
- GÓMEZ. El deseo de agradar.
- ROJAS. ¿Qué galas? ¿Qué compañeros? ¿Qué músicos de gran fama? ¿Qué mujer que haga la dama? ¿Qué bobo que haga Cisneros? ¿Qué Morales? ¿Qué Solano? ¿Qué Ramírez? ¿Qué León? ¿O qué hombres de opinión traéis?
- GÓMEZ. El cuento es galano. ¿Pues tiene necesidad Sevilla de esa riqueza, si es reina de la grandeza, y amparo de la humildad? Fuera de esto hay compañía.
- ROJAS. ¿Compañía?... ¿Con qué gente?
- GÓMEZ. Vos, Arce, yo, un penitente y un moro de Berbería.
- ROJAS. ¿Es esa buena razón? ¿Pues con eso os animáis, y á aquesta ciudad pagáis nuestra grande obligación? ¿Sabéis que nos ha ayudado y siempre favorecido, como señora admitido y como madre amparado? ¿No sabéis que en ella hallamos todo cuanto pretendimos, cuando licencia pedimos,

¹ Todas estas loas de Rojas se hallan en el *Viaje entretenido*, impreso en 1604.

- cuando á sus muros llegamos? La gran merced, el favor que siempre hemos recibido, ¿ponéis tan pronto en olvido? ¿Pues qué es aquesto, señor? ¿A qué salimos de aquí? ¿De esta suerte agradeceréis lo que á Sevilla debéis? ¡Cielos!, ¿qué ha de ser de mí?
- GÓMEZ. Rojas, no nos aflijamos, que ya todos han sabido que á servirla hemos venido; y como hoy representamos, yo confieso que es verdad, que la compañía es pobre, y no hay nada que le sobre sino es su gran humildad. Si de verla os satisface, pues que visto no lo habéis, yo sé cierto que diréis que todo lo nuevo aplice. Y si los queréis mirar, llamarélos luego aquí.
- ROJAS. Bien decís; hacedlo así, que quiero verlos y hablar.
- GÓMEZ. Señor Rivera.
- Salen RIVERA.*
- RIVERA. Señor.
- GÓMEZ. Una palabra querría.
- ROJAS. Buen talle, por vida mía.
- RIVERA. Mi voluntad es mayor.
- ROJAS. Huélgome de conocer á quien tengo que servir.
- GÓMEZ. Vuestra merced me ha de oír, y una merced ha de hacer.
- RIVERA. Por cierto, señor, yo haré todo aquello que pudiere, y aun en mí posible fuere.
- GÓMEZ. Esa merced serviré. A mí, señor Artiaga.
- Salen ARTIAGA.*
- ARTIAGA. ¿Quién llama?
- ROJAS. Buenos, por Dios, mancebitos son los dos.
- GÓMEZ. Vuestra merced nos la haga de favorecernos hoy.
- ARTIAGA. Por cierto que yo quisiera que en mis manos estuviera, pero la palabra doy.
- GÓMEZ. Reyes, Henríquez, ¿qué digo?

SIN TÍTULO

337

Salen REYES y HENRÍQUEZ.

- REYES. Señor Gómez, ¿qué se ofrece?
- ROJAS. Esta gente me parece que trae la humildad consigo. Y ella, como es gran verdad, bastará para vencer, porque tiene gran poder la fuerza de la humildad.
- REYES. Digo que le serviremos.
- HENRÍQ. Yo, por mi parte, me ofrezco, aunque hacerlo no merezco, que es poco lo que valemos.
- ROJAS. ¿Decid que músicos son los que tienen de cantar?
- GÓMEZ. Ello habéis de perdonar, porque es malo en conclusión. ¡Ah señora! ¡Ah Arce! ¡Ah Herrera!
- (Salen éstos con guitarras.)*
- ARTIAGA. ¿Ofrecese en qué sirvamos?
- HENRÍQ. Señores, por acá estamos.
- GÓMEZ. Quise que Rojas oyera aquel romance cantar que se le tengo alabado, porque está puesto en cuidado, quien nos tiene de ayudar.
- ARTIAGA. Yo, señores, poco puedo; pero lo que yo pudiere haré cuanto se ofreciere, y á esto obligado quedo. *(Cantan.)*
- GÓMEZ. Pues lo que es graciosidad, aquí está Bartolomé Rodríguez.
- ROJAS. Muy bueno á fe.
- GÓMEZ. Y Antequera, esto es verdad.
- ROJAS. Es un hombre muy donoso; llamadlos, por vuestra vida, si no hay causa que lo impida.
- GÓMEZ. Casi de temor no oso. ¡Ah, señor Bartolomé Rodríguez! ¡Ah, Antequera!
- Salen BARTOLOMÉ y ANTEQUERA.*
- BARTOL. Qué, ¿quisieron que saliera?
- ANTEQ. ¿Qué hay de nuevo?
- GÓMEZ. ¿No lo ve?
- ROJAS. ¿Por acá tan buena gente?
- BARTOL. A Sevilla hemos venido, que Gómez nos ha traído para esta ocasión presente.
- GÓMEZ. ¿No nos habéis de ayudar?
- ANTEQ. Yo quisiera valer algo, mas con lo poco que valgo, podéis, señores, mandar.
- Salen una NIÑA.*
- NIÑA. ¿Qué hace la gente honrada; señores, qué hay por acá?
- GÓMEZ. Ya vuestra merced verá; bien poquito más de nada.
- NIÑA. ¡Qué buena junta, por cierto! Pues bien, ¿qué se hace, señores: es banda de segadores?
- ROJAS. Y de segadoras puerto.
- GÓMEZ. De representar tratamos, si nos quieres ayudar.
- NIÑA. ¿Quién ha de representar?

- GÓMEZ. Todos cuantos aquí estamos.
- NIÑA. Para esta ciudad servir, la primera he de ser yo.
- ROJAS. Pues yo, mi señora, no; ni aun me atreveré á salir.
- NIÑA. ¿De dónde nace el temor?
- ROJAS. De ser mi posible, poco para servirla.
- NIÑA. ¿Está loco? ¿No conoce su valor? ¿Sabe que es su nombre tal, que ampara al pobre, al perdido, al humilde, al afligido, al extraño y natural? ¿Que es su nombre sin segundo, por ser tanto su valor, y ser la ciudad mayor en la redondez del mundo? Si el persa, si el babilón, de ver Sevilla se alegra, y desde la gente negra á la más fiera nación le da tributo en el suelo (por ser su nombre sin par); si de la riqueza el mar, si de la ventura el cielo, si halla el pobrecito amparo, el rico gusto y contento, si halla el extraño asiento y el navegante reparo. Si todos en ella viven, si todos en ella caben, si todos su nombre saben, si todos de ella reciben, si todos hallan regalo, si todos hallan favor, desde el criado al señor, y desde el bueno hasta el malo; si su grandeza sabéis, si á servirla al fin venís, si vuestra humildad decís, remedio en ella hallaréis.
- ROJAS. Ya conozco su grandeza, que es ciudad divina y santa, que á las del mundo adelanta en valor, trato y nobleza.
- NIÑA. ¿Pues cómo decís aquí que no os tenéis de atrever, conociendo su poder? Yo confieso que es así.
- ROJAS. Pues porque acaben de ver que es esta ciudad famosa, quiero que vean una cosa que ante todos he de hacer. Sevilla está aquí; yo quiero ofrecerme á su presencia y demandarle licencia.
- ROJAS. Sólo esa licencia espero; y digo que si la da, sin falta me atreveré como licencia me dé.
- NIÑA. Pues yo la pido; escuchad.

Parece SEVILLA al son de chirimías, con las armas á un lado y letras al otro.

Ilustre ciudad famosa,
con cuya luz y gobierno

has hecho tu nombre eterno,
por más fuerte y belicosa.
Ya las heroicas bocinas
de la pregonera fama,
por vencedora te llama
de tus gloriosas ruinas.
Ya con tu fe y cristiandad,
vas escalando hasta el cielo,
con la escala del consuelo,
monte de tu eternidad.
Ya el mundo envidioso tienes,
y en ti sola el mundo está,
pues en ti se ha hallado ya
gloria, amor, riqueza y bienes.
Yo, una mujer afligida,
ante el sacro tribunal
de tu clemencia inmortal,
presento mi pobre vida.
Vengo tan necesitada
de favor y de remedio,
que te he elegido por medio
para que sea remediada.
A tu divina presencia,
vengo, señora, cual ves,
á suplicarte me des
de representar licencia.

SEVILLA. Mucho me he holgado de veros,
hija; yo os la otorgo y doy,
y contentísima estoy
de hablaros y conoceros.
Representar no temáis,
ni de mí desconfiéis,
y ruego á Dios que ganéis
todo cuanto deseáis.
Yo á mis hijos pediré
que os amparen y no ofendan,
y á mis armas que os defiendan,
asimismo rogaré.

Que es mi afición excesiva;
quedá con Dios, niña hermosa.

NIÑA. ¡Viva Sevilla famosa!
TODOS. ¡Viva muchos años, viva!

ROJAS.

*Con esto y chirimías se acababa la loa, y se
entraba toda la compañía.*

86

II.—De los que enfran sin pagar en la comedia.

ROJAS.

Sale marchando un escuadrón volante,
y un capitán valiente en retaguardia
marcha tras éste; un firme y semejante
al volante que lleva la vanguardia;
un sargento mayor, un ayudante,
que á estos escuadrones pone guardia;
general, capitanes y soldados,
alférez y sargentos reformados.
En cada hilera van de ciento en ciento,
sujetos al rigor del alto cielo;
faltan bagajes, falta alojamiento,
no hay barracas, garitas ni consuelo,

aguas, nieves, granizos, sol y viento,
rayos, truenos, calores, frío y hielo,
y en medio de una landa, entre dos peñas,
dan socorro con muestra, nombre y señas.

Aquí cortan fajinas los pobretes,
á las armas haciendo centinelas,
corazas, arcabuces y mosquetes,
alabardas, espadas y rodelas,
cañas, manoplas, fundas, coseletes,
morriones, brazaletes, escarcelas,
horquillas, espaldares y pistolas,
grevas, jinetes, lanzas, picas, golas.
Aquí no hay torre, fuerte, ó casamata;
muros, fosos, castillos, ni troneras,
que el furor de un balazo desbarata;
torreones, plataformas y trincheras,
asalta, mina, bate, hunde, mata,
gentes, collados, surcos y laderas,
sin valerles pertrechos ni pantanos;
frascos, pólvora, yesca, cuerda y manos.

Cuál, deja todo el tercio sin más pena,
y va por pecorea á la montaña;
y cuál, robando, juega, come y cena;
cuál, no deja forraje en la campaña,
hierba, heno, cebada, trigo, avena,
siendo, como es, tan fértil la Bretaña;
y cuál, hurtando frutas y viandas,
joyas, ropas, camisas, cuellos, bandas.
Cuál, la bandera al viento tremolando,
ya en sus manos, ya al aire enarbolada;
cuál, pífaros y cajas, rimbombando,
con sonoro són en la estacada;
cuál, todo el firmamento amenazando;
y cuál, puesto de guarda en emboscada,
aguarda, escucha, calla, teme, advierte,
tiempo, enemigo, espía, ronda y muerte.
Viene la ronda, pues, muy paso á paso,
y el valiente soldado, puesto á punto,
le pregunta:—¿Quién va?—Don Juan de Eraso.
—No conozco, ¿quién vive?—les pregunto.
—Soy vuestro general.—Detenga el paso,
que no conozco al diablo en este punto.
—¿No conocéis quién soy?—El nombre pido.

Llega en efecto, y dásele al oído.
¡Oh milagroso ejemplo del que cobra
la entrada resistiendo á mil don Juanes,
sin nombre, sin virtud, sin fama ni obra!
y al preguntar quién paga, son Guzmanes.
Dineros pido.—Ser quien soy ¿no sobra?—
El nombre me han de dar.—¿Somos rufianes?
Demanda el nombre, y entran sin dinero,
paje, rufián, valiente y caballero.
Entra el otro, calada la visera,
y dícenle:—¿Quién paga, gentil hombre?
¿Oye vuesa merced, oye, no espera?
—¿Conóceme?—¿Quién es? Diga su nombre.
—¿Hombre de bien?—Pues pague ó salga fuera.
—¿Los honrados no pagan?—¡Gran renombre!
dice el otro que escucha y ha pagado;
luego yo que pagué, ¿no soy honrado?
Bárbaro, simple, bestia, almidonado,
poeta, bachiller, valiente ó nada,
ya que no pagas, no seas mal criado,
pues por hablarnos bien, no pierdes nada.
Si en no pagar estriba el ser honrado,
no te digo que pagues si te enfada;
pero á lo menos lo que yo querría

que nos pagues con buena cortesía.
Que el otro que te escucha, y tiene cuenta,
dice:—¡Cuerpo de tal!; esto es engaño,
pues éste dice que es pagar afrenta:
no pienso pagar más en todo un año.
No sólo quien no paga se contenta,
con hacernos tan sólo un solo daño,
sino que quien lo escucha se deshonra,
y toma el no pagar por punto de honra.
Cuál general habrá aquí tan discreto,
que dé el nombre, llegándose al oído,
que es pagar, dar silencio, ser secreto;
cualquiera que me otorgue lo que pido,
con escritos caracteres prometo
dejar su nombre en mármol esculpido,
y en el tronco más duro de una rama,
armas, valor, nobleza, virtud, fama.

87

III.—(Sin título.)

ROJAS. Estése Venus en Chipre,
con su dios alado y ciego,
de bellas ninfas cercada,
cantando al són de instrumentos.
Y esotra por cuya causa
el pueblo mísero griego,
al sin ventura Troyano
sus muros entregó al fuego.
Y aquella insigne mujer
que pasó su limpio pecho
por la fuerza de un tirano,
con un casto y firme intento.
Y aquella que entregó á un áspid
su pecho divino y bello,
viendo de su amado esposo
de la vida el fin postrero.
Y aquella diosa ó mujer
que enfrena al ligero viento,
cuando sus veloces plantas
volando estampan el suelo.
Estéense donde están todas,
que por ahora las dejo,
en tanto que un cuento os digo;
escuchad, que es bueno el cuento.
Es, pues, que salí una noche
de aqueste pasado invierno,
más para echarme en un río
que no á procurar contento.
Conmigo á solas hablando
por esas calles sin término,
cual celoso toro que anda
bramando de cerro en cerro.
O como la mar hinchada
cuando herida de los vientos,
en lugar de bramar, habla,
y amenaza tierra y cielo.
Así andaba aquella noche,
rasgándose de agua y viento
los cielos, que parecía
ser otro diluvio nuevo.
Noche tenebrosa y triste
de relámpagos y truenos,
de granizos, piedra y rayos,

imagen propia del miedo,
sin ¡lleve Barrabás cuarto!
mirad qué aliño tan bueno
para un buen renegador
dado al diablo y sin dinero.
Yéndome, pues, como digo,
por detrás de un cementerio,
una sombra ví, de aquellas
que suelen verse á mal tiempo.
Era en forma de mujer,
y asomada á un agujero,
me dijo: «Es él; ¿á quién digo?
¡Jesús, de milagro ha vuelto!»
Pues como oí decir milagro,
dije entre mí: «Yo soy cierto
á quien están aguardando.»
Y respondíle: «¿Qué hay, entro?
«Entre, que me estoy helando,
y en entrando, cierre luego.»
Llegué á la puerta y abrí,
y admirado del suceso,
entré al fin; nunca yo entrara,
porque en entrando, al momento
vi una obscuridad profunda,
semejanza del infierno.
En esto, llegóse á mí
un bulto, que ¡vive el cielo!
que aún no vi bien si era un bulto,
según estaba de muerto.
Hacia la cama nos fuimos,
y yo, con mucho deseo
de ver quién era la dama
y enjugar mi triste cuerpo.
Apresuré el tardo paso
arrimado á su hombro izquierdo,
y de un infierno salimos
y entramos en otro infierno.
Halléme confuso y triste,
por no haber visto primero
si era aquél hombre ó mujer;
ofrézcode al diablo el cuento.
Llegué con esto á su cama
(mejor dijera á mi entierro,
que por aqueste se dijo,
sepulcro de vivos muertos).
Y apenas en ella entré,
cuando con voces y estruendo,
sentí llamar á la puerta
y ella asomóse de presto.
Y dijo: «¡Triste de mí!
que es la justicia; ¿qué haremos?
Debajo la cama se éntre,
que yo haré se vayan luego.»
Subieron seis de cuadrilla,
y tras todos, subió en esto
con una linterna un mozo,
y tras la linterna un perro.
«—Hola, mujer, ¿á quién digo?—
dijo el alguacil soberbio.—
¿Quién está en aquesta casa?
Y dijo: «—Yo sola, cierto.
Mi señor, yo estaba sola.»
Y él replicó: «—Así lo creo;
pero impórtame aguardar
aquí á cierto caballero.
A acostaros podéis ir.»
Y sacando un instrumento,

comenzaron á bailar la chacona uno y dos dellos. Pues como mi dama vió bailar, no tuvo sosiego, y arrojóse de la cama y empezó á bailar con ellos. Yo, helado, ardiendo y corrido, tendido en el duro suelo, con la humedad que cobré di un grande estornudo recio. Sintióme el mal alguacil y dijo á mi dama: «—¡Bueno!; ¿quién hay debajo la cama? Descubiértose ha el enredo.» Levantó la delantera, y yo, triste, saqué ciego, la cabeza por un lado, como galápago necio. Y vi á mi señora dama su cuerpo, su talle y gesto; y nunca yo la sacara y muriera yo primero. Tan gran corcova tenía como un terrible camello, y en la camisa más grasa que un sombrero de gallegos. Una nariz grande y chata, tuerta del ojo derecho, la frente chica, y muy lleno de lamparones el cuello. La boca algo grandecilla, los dientes pocos y negros, hembra de hasta cincuenta años, cuatro más ó cuatro menos. Miren qué buena mujer para quitar un martelo á un galán desesperado ó servir de falta á un viejo. El alguacil socarrón me dijo: «—Señor don Diego, ¿cómo no sale varcéc: es de vergüenza ó de miedo?» Y respondíle: «—Señor, no he salido, porque temo de ver tan mala visión.» «¿Ahora la escupes? ¡bueno! Salga, y no tenga vergüenza, (replicó), so caballero del milagro, que ya sé que es vuesa merced discreto, y que no se espantará de verse como le vemos.» En efecto, yo salí desnudo y aun casi encueros. La vergüenza que pasé; los dichos que me dijeron; los apodos que me echaron y la vaya que me dieron; en descuento de mis culpas, vaya, amén, ruego á los cielos, y quien no me cree, se vea cual yo me vi en este puesto. Yo sé que me está escuchando la hembra, y se está riendo de su burla y de mi afrenta. Al fin, volviendo á mi cuento... No quiero mirar allá,

que aun ahora, si la veo, pienso que me ha de espantar; mejor será que callemos, que es necia y se correrá.— Señores míos, silencio; así les suceda á todos otro semejante enredo, como á mí me sucedió, y amanezcan al sereno helados como besugos de la playa de Laredo. Véanse cómo me vi, mojada el alma y el cuerpo, y debajo de una cama, desnudos y sin dineros, sáqueles un alguacil arrastrando del pescuezo, que mal de muchos es gozo, y duelos con pan son menos.

88

IV.—Todo lo nuevo aplice.

¿Quién duda, señores míos, que con los nuevos farsantes, nuevas galas, nuevos bríos, nuevas caras, nuevos talles; nuevo entremés, nueva loa, nuevas damas y galanes, nuevo autor, comedias nuevas, nueva la música y trajes. Vuestas mercedes no digan en corrillos por las calles: vamos á ver á Vergara, que trae bravos recitantes, muchas comedias y buenas, y el buen Villegas descansen? ¿Quién duda que lo dirán?, que todo lo nuevo aplice. ¿Quién duda que el más amigo, destos que rajan y parten, desde el oficial que cose, hasta quien se entra de balde, no diga: «—¿Vergara vino? ¡Oh qué bravo recitante! El sea muy bien venido, y el otro autor pique y váyase.» —¿No es éste un hombre pequeño que hace bien un arrogante? —El mismo, ya le conozco; algún ladrón que trabaje. —Señor maestro, perdone, y deme voacé ocho reales, que, aunque no coma, he de vellos; que todo lo nuevo aplice. ¿Quién duda que la doncella no diga: «—Señora madre, ¿no sabe? Farsantes nuevos.» «—¿Es cierto?»—«Así Dios me guarde. Comamos muy tempranito, y vamos allá esta tarde.» —Huélgome (dice la vieja), por el siglo de mi padre. Porque el bellaco milagro, con su boca de alnafa,

no diga mal de las viejas: (muy bien haces, muy bien haces.) ¡Maldito sea tan mal hombre! ¡Jesús!, mal fuego le abraze; si ya no le he aborrecido, que todo lo nuevo aplice. ¿Quién duda que la casada, no oiga cuatro necedades por ir á ver la comedia sin licencia de su amante. Y que á su marido diga fué en casa de su comadre, por los anchos de vainillas para que el cuello le acaben. Y arrimando la almohadilla, le pida á su dueña Hernández el manto de batallar y el casco de dar las paces. Porque hay comediantes nuevos y ha de ver cómo lo hacen, aunque pese á su marido, que todo lo nuevo aplice? ¿Quién duda que á un mercader deba yo el lunes cien reales, y porque otros han venido venga á ejecutar el martes? ¿Quién duda que en la posada me sirvan y me regalen, y por los nuevos me olviden si no me echan á la calle? ¿Quién duda que quien me lava ó la que los cuellos abre, con los nuevos no me diga que la deje y no la enfade? Y ¿quién duda que á Villegas, que tuvisteis por un ángel, no os parezca ya un demonio, que todo lo nuevo aplice? ¿Quién duda que Ana Muñoz?... (pero desto no se trate que lo que es bueno, y tan bueno, siempre tiene su quilate). Mas ¿quién duda que á Monzón, que tantas veces llamastes, «salga Monzón, Monzón salga», si sale ya, no os enfade? San Miguel, con sus vejetes, Cristóbal, con sus galanes, Juanico, con su agudeza, y el bobo con sus donaires, ¡por Dios!, que os han de enfadar, aunque la chacota hable, y más diga: «¡Ha, ha, ha!»; que todo lo nuevo aplice. ¿Quién duda que alguna dama que ha sido su gusto hablarme, algunos meses, por dicha, si es que hay dicha con las tales, anoche no me dijese, arrimado á sus umbrales: «—¿Qué es lo que busca el picaño?» «—Rojas, soy.»—«¿Rojas?...»—«Sí, abre.» Y echóme un caldero de agua, y tras esto medio alnafa, y al fin de todo me dijo: «Amor, requiescat in pace, que hay representantes nuevos.»

Fuese y dejóme en la calle: yo fuime, y consideré que todo lo nuevo aplice. Yo confieso que es verdad, que es gusto ver novedades. ¿Decís que lo bueno agrada? Muy enhorabuena, pase. Y más una compañía de tan buenos oficiales, como la que trae Vergara, es muy digna que la alaben. Pero, señores, ¿es justo que por lo nuevo agrade olvidemos á Villegas? Esto no hay ley que lo mande. Que á Vergara vais á oír, por ver las farsas que trae, *ite in pace, ego os absolvo*, que todo lo nuevo aplice. Pero entrad conmigo en cuenta, pues todos sois principales, los trabajos, las fortunas, desdichas y adversidades, que Villegas ha tenido sustentando, como Atlante, el peso de vuestro gusto diez y ocho meses cabales. Cincuenta y cuatro comedias que ha hecho nuevas sin cansarse, y otros cuarenta entremeses de tanto gusto y donaire, merecen premio; por cierto que le merece, y muy grande, aunque más digan y digan, que todo lo nuevo aplice. Pero, para que sepáis que no hay fuerzas que contrasten, que no hay ánimo que llegue, ni voluntad que le iguale á la que tiene Villegas de serviros, escuchadme: Doce comedias le quedan, mejores que cuantas hace. Desde hoy empieza á serviros; desde hoy habéis de ayudalle, para que con vuestra ayuda, fuerzas de flaqueza saque. Agora tenéis de ver mejores comedias que antes, para que el refrán se cumpla, que todo lo nuevo aplice. Éa, pues, Sevilla insigne; así goce mil edades, la fama de tu grandeza con tus hechos inmortales. Así, ilustre ciudad, veas tu gran nombre eternizarse, y por cabeza del mundo, venga el mundo á coronarte; que á Villegas favorezcas, pues con tino le amparaste, con tu poder infinito, en competencias más graves. Y aunque vengan mil autores, malhaya quien le olvidare, haciendo comedias nuevas, que todo lo nuevo aplice.

V.—(Sin título.)

De las famosas riberas
que el sagrado Betis baña,
en cuyo fondo soberbio
dieron fondo mis desgracias,
salieron cuatro galeras
la vuelta del mar de España,
las dos para Cartagena,
las otras dos para Italia.
Surcan el salado charco,
arando montañas de agua,
azotando con los remos
las tranquilas olas varias.
Favorable viento llevan,
el mar sesgo y con bonanza,
todos gozosos y alegres,
navegan, boga arrancada.
Llegan junto á la Herradura,
levántase una borrasca,
túrbase el cielo en un punto,
el mar sus ondas ensancha,
los soberbios truenos crecen,
el airado viento brama,
con que á las galeras hunde
y á los peñascos arranca.
Ya bajan á las arenas,
ya á los cielos se levantan,
ya se hunden y trastornan,
ya van todos á la banda.
Ya rechina el mástil roto,
ya los remos se quebrantan,
ya el gobernalle se pierde,
ya la chusma va turbada.
Unos gritan, otros lloran,
éste iza, aquél amaina,
cuál va debajo cubierta,
cuál con la tabla se abraza.
El corvo pito no suena,
la triste noche amenaza,
los rayos atemorizan,
los relámpagos espantan.
Al cielo sube la proa,
el garcés al centro baja,
ya van las gúmenas rotas,
despedazadas las jarcias.
Cuál promete de ir á Roma,
cuál á la Peña de Francia,
cuál de no ofender á Dios
si deste peligro escapa.
Cesa el fiero torbellino
y el airado viento amaina,
vuelve el mar tranquilo y quieto,
Santelmo sobre las aguas.
Con la bonanza dichosa
descúbrense alegre el alba;
ya lo pasado se olvida,
y en lo presente se trata.
Toman puerto, echan esquifes,
en la amada tierra saltan,
unos las arenas besan,
otros los riscos abrazan.
Los afligidos remeros
los lazos miembros descansan,

cuál durmiendo con los ojos,
cuál velando con el alma.
Aquí el marinero vela,
allí el cómitre trabaja,
hacia aquí el soldado juega,
y allá el otro mira y calla.
En efecto, dos soldados
al pañol llegan y llaman:
«—Ah, Pañolero, ¿á quién digo?»
Y responde: «—¿Quién me llama?»
«—Dadnos cuatro ó seis raciones
para en cuenta de mañana,
de bizcocho, vino, aceite,
tocino, garbanzos, habas.»
«—Señores, las de hoy he dado,
que es las que darse me mandan;
mi patrón está ahora en tierra,
y sin él no doy yo nada.»
Les dice, y que le perdonen,
pues él de darlas se holgara;
respóndenle; en fin, no quiere,
y replicó: «—Yo gustara;
pero falta mi patrón,
y en faltar él, todo falta.»
«—¿No quiere? Pues, ¡vive Dios!
(responden) si en tierra salta,
que le hemos de hacer que quiera.»
Dicho y hecho; vánse y callan;
aperciben cuatro ó seis,
y otro día, de mañana,
cogen en tierra al cuitado,
comiendo, solo y sin armas,
y al fin, para concluir,
danle una herida y escapan,
y dejándole por muerto,
hizo á todos tanta lástima,
que aquél en brazos le lleva,
y el otro en pie le levanta;
cuál le anima y le consuela,
cuál el cirujano llama,
cuál le desnuda el vestido
y cuál llora su desgracia.
Lo mismo me sucedió
estando en una posada,
que es la galera que he dicho,
siendo el pañol una sala.
Pues llegándome á pedir
del dinero de la entrada
lo que no podía dar,
ni por cuenta mía estaba,
dije que me perdonasen,
que el autor no estaba en casa,
que en viniendo él lo daría,
que por mi parte me holgara.
Y dicenme: «—En fin, ¿no quiere?»
Y dije: «—Digo que basta
decirles que si pudiera
que lo diera con el alma.»
Replican tercera vez:
«—¿Que no quiere darnos blanca?»
Respondí: «—Hasta aquí he querido;
ahora no quiero darla.»
«—Pues mañana nos veremos,
sor, el de las plumas blancas.»
Vánse y vienen otro día
cinco ó seis de mano armada.
Y sin tener culpa alguna,

entran dentro de mi casa,
acuchillan, matan, hieren,
parten, rompen, despedazan.
Salgo en amistad con ellos,
y en llegando junto á Gradas,
por mis yerros, que son muchos,
me dieron una estocada.
No sentí que estaba herido,
que la pasión demasiada
cerró al sentido la puerta,
abriendo camino al alma.
Llegó Villegas á mí
cuando ya me desmayaba,
y díjome: «—¡Animo, Rojas;
buen ánimo, que no es nada!»
Abrí los ojos y vile,
y con tan buena esperanza,
saqué fuerzas de flaqueza,
y animó las mías flacas.
Luego, un confuso tropel
de gente me llevó á casa;
cuál dejaba la comida,
cuál me cubre con su capa,
cuál me encomendaba á Dios,
cuál de sus brazos me anima,
cuál el confesor me llama.
Cuál con mi salud se alegra,
cuál enciende luminarias,
cuál me consuela con obras,
cuál me anima con palabras.
Cuál hace decirme misas,
cuál me visita en la cama
y cuál me regala en ella,
sin saber quién me regala.
¡Oh ciudad reina del mundo!,
¡oh amparo de gente extraña!,
¡oh muralla de la Iglesia!,
¡oh escudo de la fe santa!
¡Oh relicario de Dios!,
¡oh archivo de gentes varias!,
¡oh luz de la Cristiandad!,
¡oh espejo ilustre de España!
¡Oh Sevilla venturosa!,
¡oh tú mil veces monarca
de cuantas ciudades cubre
toda la capa estrellada!
Tú á los perdidos remedias,
tú á los extraños amparas,
tú á los pobres favoreces,
tú á los humildes levantas.
Tú eres sér de la grandeza,
tú eres lustre de las galas,
tú eres madre del valor,
tú eres reina de las armas.
En ti hay catedral, iglesia
donde redimen las almas
con que enriqueces los cielos
y á Dios tu tributo pagas.
En ti hay tantos monasterios,
cuyas divinas campanas
son bocinas que publican
tus milagros, vida y fama.
En ti hay cabillo, en ti hay ley,
en ti hay nobleza y crianza,
en ti hay justicia y gobierno
y en ti todo el mundo se halla.

En ti nacen los que mueren,
en ti viven los que matan,
pues yo muerto estuve en ti,
y en ti encontré vida amada.
Bien puedo decir que eres,
¡oh gran Sevilla!, mi patria,
pues vuelvo á nacer en ti
y he vivido por tu causa.
Los que me decían milagro,
ya de veras me lo llaman,
que bien de milagro vive
quien de milagro se escapa.
Á ti, pues, ciudad famosa,
madre de los que te llaman,
vengo yo á pedir mercedes,
tras una merced tan alta.
Y es que ampare á Villegas,
como continuo le amparas,
pues conoces que es tu hijo,
pues sabes lo que te ama.
Por haber nacido en ti,
y ser tú su madre amada,
y á vosotros, caballeros,
hermosas y bellas damas,
las mercedes que hicisteis
os pague Dios, que son tantas,
que yo no puedo servir las
por ser mis fuerzas tan flacas.

VI.—De las naciones del mundo.

Después que me libré por mi ventura
de aquella confusión, de aquel peligro,
de aquel surcar el mar á vela y remo,
cansado ya de ver tantas naciones,
tantos reinos remotos y apartados,
hallándome mancebo todavía,
procuré consumir otros dos años
en ver del mundo lo que me quedaba,
ó al menos ver lo que posible fuese.
Tomé, pues, en Saona puerto un día,
y fuime desde allí á Roma la santa;
vi á Florencia la bella, vi á Saboya,
Bologna grata, Génova soberbia,
Tiro la fuerte, Numancia la dichosa,
Nápoles la gentil, Milán la grande,
Padua la fértil, Sena la valiente,
Venecia rica, Capua la amorosa,
sin otras muchas que diré adelante.
Donde vi por los ojos tantas cosas,
que parecen de extrañas increíbles.
Pero como los ánimos se extiendan
á procurar saber cosas notables,
ver invenciones, novedades, trazas,
varios reinos, naciones extranjeras,
pasé con mis deseos adelante,
y vi gentes incógnitas y extrañas,
como son scitas, medos, babilonios,
dalmacios, partos, persas, garamantes,
hestracos, moscovitas, tesalianos,
esclavones, franceses, dinamarcos,
getas, hamnitas, indios, tracios, italos,
húngaros, transilvanos, palestinos,

árabes, mauritanos, ninivitas, escoceses, bohemios, macedonios, iberios, frigios, rodos, penos, galos, croacios, griegos, tiros, boloneses, asirios, alemanes, longobardos, dardanos, volscos, egipcios y noruegos, cretenses, umbros, tártaros, germanos, sirios, lacedemonios, masagetas, albaneses, colosos y panonios, salocuos, monicongos y guineos, epirotas, tebanos, zurgundiones, hebraicos, turcos, bárbaros, caldeos, panfilios, capadocios, atenienses, loneses, betulianos y corintios, normandos, rocheleses y tudescos, irlandeses, ingleses, berberiscos, sicilianos, bretones y flamencos.

Y, pues por tan extenso os he contado estos lugares, quiero ahora deciros cuáles son las cabezas de los pueblos, que es adonde las Cortes de ordinario suelen estar como en ciudades grandes. Es Nanchín la cabeza de la China; Pauris, de Persia; Moscate, de Moscovia; de Berbería, Fez; Cairo, de Egipto; Aburcia, de Bitinia, y de Etiopía, Nadabera; Cetay, de la Circasia; también Constantinopla lo es de Grecia; de Babel, Babilonia, y Samarcanda, de Tartaria, y de la gran Italia, Venecia, y de la Nueva España, Méjico; Lantón, de Macro; de Indias de Alemania, Babera, y de Polonia, Cracovia y de Chipre, Nicosia; de Dalmacia, Delum; de Austria, Viena; Bozna, de Trapisonda; Ambers, de Flandes; Samo, de Asia menor; Buda, de Hungría; del nuevo reino de Granada en Indias, Pamplona, y París, de toda Francia; Croya, de Macedonia, y Zaragoza, de Sicilia, y de Amasia, Sultania; de la grande Tesalia, Tesalónica; Valladolid, de nuestra madre España.

Y al fin, por no cansaros, voy al caso, que volviéndome á ella, junto á un monte, cuyas vertientes llaman las Rifeas, que despeñadas van á dar al llano, en lo alto del monte vi una cueva oscura, sola, triste, temerosa, y en tanta soledad, que aun animales no vienen á beber destas vertientes. Encima dellas estaba en una peña escrito este epitafio en letra arábica: «De hablar tanto, nació callar yo tanto.» Volví los ojos y vi más adelante escritos en latín aquestos versos: «La discreción es madre del silencio; la voluntad, las obras que en mí faltan; y si aquéllas faltaren en mi cueva, supla la voluntad, que aquesta es grande.» Quise entrar, y vi junto á unos riscos, un hombre viejo, venerable anciano, la barba larga, los cabellos grandes, los pies descalzos, cubierto de unas pieles, lloroso, macilento, triste y flaco. Lleguéme á ver quién fuese, y conocióme, y echándome sus brazos por mi cuello,

me dió de bien venido enhorabuena. Preguntéle quién era, y respondiome que era representante ó había sido, y que habladores necios le trujeron á aquella soledad donde habitaba, desterrado del bien que humanos gozan. «—¿Es posible (le dije) que eso sólo os pudiese traer á este destierro?» «—No más (me respondió), porque una lengua bastara solamente á desterrarme á mayor soledad que la que tengo.» Cuanto y más donde hay tantos maldicientes, que sin saber murmuran de los tristes, que quizá todo el año desolados, continuo aprenden como contentarles, tenerlos gratos y servir á todos, por agradar los necios, que discretos reciben voluntad á falta de obras. Y dice el uno si es la mujer fea: «Quiténme aquel demonio de delante, y no la vea yo más en el tablado, que tiene mala cara y mala gracia» (cual si hubiera de hacer vida con ella). Y éste no considera que es discreta, buena representante ó buena música, y tiene otras mil cosas que son buenas. Pues si es hermosa, nada les contenta, luego dicen que es fría ó que es muy necia, porque no les miró cuando le hablaron, y que tiene buen rostro, pero es mala. Si el farsante es muy bueno, dicen todos: «¡Qué lástima tan grande de aquel hombre! ¡qué habilidad tan buena, y qué perdida!» ¡Hi... de puta, ladrón!, si no merece por buen representante que le azoten, pues anda en este oficio y no es letrado, y tomara por dicha ser verdugo. Pues si llega su suerte á que se yerre: «¡qué remo para aquel bellaconazo! ¡no estuviera mejor éste en galeras, y no engañando el mundo con palabras, sacándome el dinero á mí y á otros?» Por no ver estas cosas y otras tales, me he venido á este monte con los brutos, donde padezco lo que Dios se sabe. Paréceme que basta aqueste ejemplo para que pueda yo decir á todos que sigan el camino que quisieren, pues importa tan poco el buen servicio, la voluntad, el ánimo, el cuidado, la justicia, la ley, la razón justa, para que nos amparen cual se debe al celo tan humilde que tenemos, pues que sólo se extiende á contentaros, serviros de continuo y agradaros.

91

VII.—Del cautiverio de la Rochela.

Después que quedé cautivo, y al remo, en una galera, no de herejes, turcos, moros de Argel, Fez, ni de Inglaterra, sino de propios cristianos, y que mis amigos eran,

de forzados españoles, y aun algunos de mi tierra. Que viniendo navegando viento en popa, y la mar sesga, desde Nantes á Blaubete, se levantaron con ella. No digo en qué puerto fué, quien el autor de la empresa, el faraute de la historia y el culpado en la tragedia. La confusión de aquel día, las muertes y las afrentas, las heridas y los palos, las voces y las faenas. Sólo digo que mis culpas, mucho más que las ajenas, á padecer me llevaron su rigurosa inclemencia. Desnudáronme en efecto, echáronme una cadena, adonde preso quedé, más por paz que no por guerra. Y al fin, para no cansaros, paseándome una siesta, mientras mi amo dormía (que era el Monsiur de Fontena), poco á poco me llegué al pie de unas altas peñas, á quien la mar en creciente, con sus hondas toca y besa, y contemplando en el mar, y otros ratos en la arena, á mis ojos lastimados les dije desta manera: «Lloremos, ojos, los dos; de nadie formemos quejas, aunque para tantas culpas, pocas lágrimas son éstas. Entre aquestas desventuras, tengamos, ojos, paciencia, que bien la habrá menester el triste que vive en ellas. ¡Ay soledades dichosas para aquel que no os contempla, ni con vida desde lejos, ni con ojos desde cerca! ¿Quién hay que en vosotras vive que la muerte no desea, porque en vida que es tan mala no hay muerte que no sea buena? ¡Oh piadosísimo mar!, ¡oh invencible madre tierra! duélate mis desventuras, si es posible que te duelan. Patria mía venturosa, dame una hora de licencia para contar mis desdichas á quien es la causa dellas. Que aunque es monte á mis suspiros, muda salud á mis quejas, contrasta su diamante la sangre de mi inocencia. ¡Ay mujer mudable, varia, todos de ti se querellan, si quien te entienda buscamos, nunca hallamos quien te entienda. Infierno que adoran tantos,

cielo que nadie desea, esperanza que se tarda, muerte que jamás no llega. Vida donde tantos mueren, gloria donde tantos penan, mujer por quien todos lloran, del Dios á quien la quiera. Ojos míos, advertir que andáis por tierras ajenas, y que nació del mirar toda la desdicha vuestra. Quejábase ayer de vos, que mirabais sin prudencia, que matabais sin piedad y hablabais sin tener lengua. Ponzofia de basilisco es la vuestra, y aún más fiera, que éste mata con la vista, pero vos con la sospecha. Si con mirar ofendisteis, no es mucho que ahora venga por vuestra causa á mirar los peligros que me cercan. Entre Caribdis y Scilla navego; el mar que me anega plega á Dios que no me hunda, que es mujer quien me gobierna. Mirad por vuestra salud, que si os duele la cabeza, ni hallaréis doctor que os mate ni clérigo que os absuelva. Jarabes de confusión y píldoras de tristeza, hartas hay; si más queréis, mis ojos, tened paciencia. ¿No sabéis de qué me holgara? Que os murierais por mi cuenta, para ver si os enterraban en alguna madriguera. Que en la barca de Aqueronte alguna furia os metiera y los forzados cantaran y los diablos los oyeran. Aunque hay alguno tan malo, que por no oírle en mi pena, á la rueda de Ixión siguiera atado sus vueltas. *Requiescat in pace*, amén, el ánima de mi abuela, que cantaba con las niñas y lloraba con las viejas. Y un sacerdote de Baco, canónigo de Ginebra, le enseñaba el *Gamant ave* por amor á la jaqueca. ¡Vaya, arredro á Satanás!; *verbum caro*, ¿quien me tienta? ¿Yo no era cristiano antaño?; ¿quién me ha hecho hogaño poeta? Si es aquel diablo, mi amigo, ya sabe que hicimos tregua de no decir mal de gordas ni hacer sátiras á viejas. Pues no hay otro que me tiente, que ello es de lo que me pesa, que harto perseguí aquel diablo, mas no hay diablo que me quiera.

Pero ¿dónde voy perdido?
 ¿Qué quimeras son aquestas,
 que aun aquí me persiguen
 memorias que me atormentan?
 ¡Válgame Dios!, ¿qué es aquesto?
 ¿Estando en esta aspereza,
 desnudo, triste, afligido,
 cautivo y con tantas penas,
 aquella ingrata no olvido?
 ¿Qué desventura es aquesta?
 ¡Ah cuerpo desventurado!,
 ¡ah infame naturaleza!
 Qué remedio puede haber
 contra tu grande potencia,
 pues estando como estoy,
 me buscas y me inquietas.
 Hércules tenga disculpa
 de que una mujer le vengza,
 pues veo que no es posible
 poderme refrenar de ésta.
 Aquel Mirónides griego,
 que, cuando ganó en la guerra,
 en más de veinte y dos años,
 dé á una mujer en Boecia
 un Anfbal contra Roma,
 sin vencelle nadie en ella,
 y venga á vencelle en Capua
 una mujer deshonesta.
 Un Falaris el Tirano,
 que jamás hizo obra buena,
 ni á ninguna mujer mala
 negó lo que le pidiera.
 Un Scipión, un Tolomeo,
 un Pirro y un Julio César,
 un Augusto, un Marco Antonio,
 y otros que decir pudiera,
 alegaron por disculpa
 su misma naturaleza
 y el no poder resistirse,
 aunque sea su fuerza inmensa.
 ¿Por qué ha de haber dón del cielo
 para que los hombres puedan
 (siendo de hueso y de carne)
 vivir en carne sin ella?
 Estando, pues, divertido
 en estas y otras quimeras,
 un Filipote de España
 y de Zubiaur, llega
 con una bandera blanca,
 y disparando una pieza,
 entró en el puerto, dió fondo,
 y dél saltaron en tierra
 diez ó doce rocheleses
 que andaban en las galeras
 de España, todos al remo,
 y éstos por nosotros truecan.
 Tuve libertad aquí,
 y por no cansar con ella,
 digo que, saliendo en corso,
 la vuelta de Ingalaterra,
 á España vine á arribar
 con una grave tormenta;
 tomé puerto en Santander,
 donde me dieron licencia
 para llegar á Madrid
 á hacer ciertas diligencias;
 enfermé, llegué á la muerte,

viví (que nunca viviera),
 vine á ser representante,
 pero es fortuna que rueda.
 Todo aquesto que he contado
 ha sido para que sepan
 cuánta mayor desventura
 sin comparación es ésta
 que tengo presente ahora,
 que las pasadas lo eran.
 Allí serví á una persona,
 aquí sirvo á novecientas,
 allí dormía á mis horas,
 y aquí no hay hora en que duerma.
 Si allí erraba, me reñían,
 pero aquí me vituperan;
 si allá me llamaban perro,
 acá trescientas afrentas.
 Y si entonces trabajaba,
 y echaba fajina y tierra,
 cuando contaba mi mal,
 de mí se dolían las piedras.
 Y aquí no sólo no sienten,
 pero me tiran con ellas,
 que aquí son piedras los hombres
 y allá son hombres las piedras.
 Bien sé que ahora dirá
 más de uno, allá en su idea:
 «Cuánto le fuera mejor
 á aquel mancebo que fuera
 estudiante ó escribiente,
 ó que algún señor sirviera,
 y no andar de venta en monte,
 siendo farsante y poeta.»
 Por cierto que dice bien;
 mas no hay oficio en la tierra
 que no haya usado y tenido,
 desde caballero en jerga
 á pícaro de la jábega,
 desde paje con chinelas
 á caminante de á pie
 y mercader de agujetas.
 Todo lo que he dicho, he sido,
 mas ya fué aquesta mi estrella,
 y aunque forzalla he querido,
 mi fuerza ha sido pequeña.
 Porque lo que está del cielo
 mal lo haré yo resistencia,
 que aunque no hay fuerza en los casos,
 en la inclinación hay fuerza.
 Diéronme hacienda mis padres,
 buenas costumbres y letras,
 y yo á la farsa me vine,
 ¡quién sabe si me honro en ella!
 Pues cuando no hubiera más,
 del gran bien que se interesa
 de serviros y agradaros,
 fuera honor, provecho fuera.
 Discretísimo Senado,
 hoy á vuestras puertas llega
 un farsante y un cautivo,
 fiado en vuestra clemencia.
 Humilde viene á serviros;
 á vuestros pies se presenta,
 no á que le déis libertad,
 ni para el rescate della,
 sino sólo á suplicaros
 que, en tanto que representa,

las faltas, le perdonéis:
 no pide más merced que esa.
 Esta le habéis de otorgar,
 ansí los cielos concedan
 libertad á vuestros hijos
 y á vosotros fama eterna.

92

VIII.—Loa de la Comedia.

Aunque el principal intento
 con que he salido acá fuera,
 era sólo el alabar
 el uso de la comedia;
 sus muchas prerrogativas,
 requisitos, preeminencias;
 su notable antigüedad,
 dones, libertad, franquezas,
 entiendo yo que bastara,
 no hacer para su grandeza
 catálogo de los reyes,
 que con sus personas mismas
 la han honrado, y se han honrado
 de representar en ella,
 saliendo siempre en teatros
 públicamente en mil fiestas,
 como Claudio, emperador,
 lo acostumbraba en su tierra,
 Heliogábalo y Nerón,
 y otros príncipes de cuenta;
 sino de aquellos barones,
 que, con la gran sutileza
 de sus divinos ingenios,
 con sus estudios y letras,
 la han compuesto y dado lustre
 hasta dejarla perfecta,
 después de tan largos siglos
 como ha que se representa.
 Y donde más ha subido
 de quilates la comedia,
 ha sido donde más tarde
 se ha alcanzado el uso della.
 Que es en nuestra madre España,
 porque en la dichosa era
 que aquellos gloriosos reyes
 dignos de memoria eterna,
 don Fernando é Isabel
 (que ya con los santos reinan),
 de echar de España acababan
 todos los moriscos, que eran
 de aquel reino de Granada,
 y entonces se daba en ella
 principio á la Inquisición,
 se le dió á nuestra comedia.
 Juan de la Encina el primero,
 aquel insigne poeta,
 que tanto bien empezó,
 de quien tenemos tres églogas
 que él mismo representó
 al almirante y duquesa
 de Castilla y de Infantado,
 que éstas fueron las primeras.
 Y para más honra suya
 y de la comedia nuestra,

en los días que Colón
 descubrió la gran riqueza
 de Indias y Nuevo Mundo,
 y el Gran Capitán empieza
 á sujetar aquel reino
 de Nápoles y su tierra,
 á descubrirse empezó
 el uso de la comedia,
 porque todos se animasen
 á emprender cosas tan buenas,
 heroicas y principales,
 viendo que se representan
 públicamente los hechos,
 las hazañas y grandezas
 de tan insignes varones,
 así en armas como en letras.
 Porque aquí representamos
 una de dos: las proezas
 de algún ilustre varón,
 su linaje y su nobleza,
 ó los vicios de algún príncipe,
 las crueldades ó bajezas,
 para que el uno se imite
 y con el otro haya enmienda;
 y aquí se ve que es dechado
 de la vida, la comedia.
 Que como se descubrió
 con aquella nueva tierra
 y Nuevo Mundo, el viaje
 que ya tantos ver desean,
 por ser de honra y provecho,
 regalo, gusto y riquezas,
 así la farsa se halló,
 que no es de menos que aquesta,
 desde el principio del mundo
 hallada, usada y compuesta
 por los griegos y latinos
 y otras naciones diversas.
 Ampliada de romanos
 que labraron para ella
 teatros y coliseos,
 y el anfiteatro, que era
 donde se encerraban siempre
 á oír comedias destas,
 ochocientas mil personas,
 y otras que no tienen cuenta.
 Entonces escribió Plauto
 aquella de su *Alcumena*,
 Terencio escribió su *Andria*,
 y después, con su agudeza,
 los sabios italianos
 escribieron muchas buenas;
 los ingleses ingeniosos,
 gente alemana y flamenca,
 hasta los de aquestos tiempos,
 que ilustrando y componiéndola,
 la han ido componiendo
 así en burlas como en veras.
 Y porque yo no pretendo
 tratar de gente extranjera,
 sí de nuestros españoles,
 digo que Lope de Rueda,
 gracioso representante,
 y en su tiempo gran poeta,
 empezó á poner la farsa
 en buen uso y orden buena.
 Porque la repartió en actos,

haciendo introito en ella,
que ahora llamamos loa,
y declaraban lo que eran.
Las marañas, los amores,
y entre los pasos de veras,
mezclados otros de risa,
que porque iban entre medias
de la farsa, los llamaron
entremeses de comedia;
y todo aquesto iba en prosa
más graciosa que discreta.
Tañían una guitarra,
y ésta nunca salía fuera,
sino adentro, y en los blancos,
muy mal templada y sin cuerdas.
Bailaba á la postre el bobo,
y sacaba tanta lengua
todo el vulgacho embobado
de ver cosa como aquélla.
Después, como los ingenios
se adelgazaron, empiezan
á dejar aqueste uso,
reduciendo los poetas
la mal ordenada prosa
en pastoriles endechas;
hacían farsas de pastores
en seis jornadas compuestas,
sin más ható que un pellico,
un laúd y una vihuela,
una barba de zamorro,
sin más oro, ni más seda.
Y, en efecto, poco á poco
barbas y pellicos dejan,
y empiezan á introducir
amores en las comedias,
en las cuales ya había dama,
y un padre que á aquesta cela;
había galán desdeñado
y otro que querido era;
un viejo que reprendía,
un bobo que los acecha,
un vecino que los casa,
y otro que ordena las fiestas.
Ya había saco de padre,
había barba y cabellera,
un vestido de mujer,
porque entonces no lo eran
sino niños; después desto,
se usaron otras sin éstas,
de moros y de cristianos,
con ropas y tunicelas.
Estas empezó Berrío;
luego los demás poetas
metieron figuras graves,
como son reyes y reinas.
Fué el autor primero desto
el noble Juan de la Cueva;
hizo del padre tirano,
como sabéis, dos comedias.
Sus *Tratos de Argel*, Cervantes;
hizo *El Comendador*, Vega;
sus *Lauras* y *el bello Adonis*,
don Francisco de la Cueva.
Loyola, aquella de *Audalla*,
que todas fueron muy buenas,
y ya en este tiempo usaban
cantar romances y letras.

Y esto cantaban dos ciegos,
naturales de sus tierras,
hacían cuatro jornadas,
tres entremeses en ellas.
Y al fin, con un bailecito,
iba la gente contenta;
pasó este tiempo, vino otro,
subieron á más alteza;
las cosas ya iban mejor:
hizo entonces Artieda
sus *Encantos de Merlin*
y Lupercio sus tragedias;
Virues hizo su *Semiramis*,
valerosa en paz y en guerra;
Morales, su *Conde loco*,
y otras muchas sin aquestas.
Hacían versos hinchados,
ya usaban sayos de tela
de raso, de terciopelo,
y algunas medias de seda.
Ya se hacían tres jornadas,
y echaban retos en ellas,
cantaban á dos y á tres,
y representaban hembras.
Llegó el tiempo que se usaron
las comedias de apariencias,
de santos y de tramoyas,
y entre éstas, farsas de guerras.
Hizo Pero Díaz entonces
la del *Rosario*, y fué buena;
San Antonio, Alonso Díaz,
y al fin no quedó poeta
en Sevilla, que no hiciese
de algún santo su comedia.
Cantábase á tres y á cuatro,
eran las mujeres bellas,
vestíanse en hábito de hombre;
y bizarras y compuestas
á representar salían
con cadenas de oro y perlas.
Sacábanse ya caballos
á los teatros, grandeza
nunca vista hasta este tiempo,
que no fué la menor dellas.
En efecto, éste pasó,
llegó el nuestro, que pudiera
llamarse el tiempo dorado,
según al punto en que llegan
comedias, representantes,
trazas, conceptos, sentencias,
inventivas, novedades,
música, entremeses, letras,
graciosidad, bailes, máscaras,
vestidos, galas, riquezas,
torneos, justas, sortijas,
y al fin cosas tan diversas
que en punto las vemos hoy
que parece cosa incrédula,
que digan más de lo dicho
los que han sido, son y sean.
¿Qué harán los que vinieren,
que no sea cosa hecha?
¿Qué inventarán que no esté
ya inventado? Cosa es cierta.
Al fin la comedia está
subida ya en tanta alteza,
que se nos pierde de vista:

plegue á Dios que no se pierda.
Hace el sol de nuestra España,
compone Lope de Vega
(la fénix de nuestros tiempos
y Apolo de los poetas)
tantas farsas por momentos,
y todas ellas tan buenas,
que ni yo sabré cantallas
ni hombre humano encarecellas.
El divino Miguel Sánchez,
quien no sabe lo que inventa,
las coplas tan milagrosas,
sentenciosas y discretas,
que compone de continuo
la propiedad grande dellas,
y el decir bien dellas todos,
que aquesta es mayor grandeza.
El Jurado de Toledo,
digno de memoria eterna,
con callar está alabado,
que yo no sé aunque quisiera.
El gran canónigo Tárraga,
Apolo, ocasión es ésta,
en que si yo fuera tú,
quedara corta mi lengua.
El tiempo es breve y yo largo,
y así he de dejar por fuerza
de alabar tantos ingenios
que en un sin fin procediera.
Pero de paso diré
de algunos que se me acuerdan
como el heroico Velarde,
famoso Micer Artieda,
el gran Lupercio Leonardo,
Aguilar el de Valencia,
el licenciado Ramón,
Justiniano, Ochoa, Cepeda,
el licenciado Mejía,
el buen don Diego de Vera,
Mescua, don Guillén de Castro,
Liñán, don Félix de Herrera,
Valdivieso y Almedárez,
y, entre muchos, uno queda:
Damián Salustio del Poyo,
que no ha compuesto comedia
que no mereciese estar
con las letras de oro impresa,
pues dan provecho al autor
y honra á quien las representa.
De los farsantes que han hecho
farsas, loas, bailes, letras,
son: Alonso de Morales,
Grajales, Zorita, Mesa,
Sánchez, Ríos, Avendaño,
Juan de Vergara, Villegas,
Pedro de Morales, Castro,
y el del *Hijo de la tierra*.
Caravajal, Claramonte,
y otros que no se me acuerdan,
que componen y han compuesto
comedias muchas y buenas.
¿Quién á todos no conoce?
¿Quién á su fama no llega?
¿Quién no se admira de ver
sus ingenios y elocuencia?
Supuesto que esto es así,
no es mucho que yo me atreva

á pedirlos en su nombre,
que por la gran reverencia
que se les debe á sus obras,
mientras se hacen sus comedias,
que las faltas perdonéis
de los que las representan.

93

IX.—De la Luna.

Un cuento vengo á contaros,
y no sé por dónde empiece,
sospecho que es muy gracioso;
oid, que yo seré breve.
Tuvieron entre los dioses
allá en el cielo un banquete,
á honra de Lampetusa,
y del hijo de Climene.
Halláronse en él, Apolo,
Júpiter omnipotente,
el fuerte nieto de Atlante,
y aquel hijo de Semele,
Vulcano, Saturno, Marte,
y los dioses que en la fuente
de temor de aquel gigante
se convirtieron en peces.
El dios Eolo, Neptuno,
Fryjo, con su hermana Hele,
y la que en los desposorios
del dios Peleo y de Thetis,
por la manzana compiten,
y quien más hermosa fuese,
y aquella que calurosa
llegó á beber á una fuente,
que unos rústicos la impiden
y ella en ranas los convierte,
la diosa de la elocuencia,
Doris, Anfítrite y Céres.
Después de haber bien bebido
y estar los dioses alegres,
entran todos en consulta
diciendo que les parece
que ya la Luna es muy grande
y está á pique de perderse,
que será razón casalla
por el decir de las gentes.
Los dioses dicen que es justo
y que se case conviene,
porque doncellas hermosas
están en peligro siempre;
que se la busque un marido
humilde, noble, prudente,
muy honrado y principal,
de buen talle y buena suerte.
No jugador ni vicioso,
ni de aquellos galancetes,
todos palabras y plumas,
y los dioses lo conceden.
A llamar envían la Luna
y ella muy compuesta viene,
con los ojos en el suelo
como las doncellas suelen.
Muy mesurada y honesta,
hermosa más que otras veces,

porque en aquesta ocasión dicen que estaba en creciente. Dijo le Apolo: «Hija mía, aquestos señores quieren casaros, porque no diga el vulgo, errante é imprudente, que estáis sola y sin marido; mirad vos lo que os parece.» Ella respondió muy grave: «Perdonen vuestras mercedes, que no me puedo casar, porque ha más de cinco meses que he dado mano y palabra por el decir de las gentes.» «Cómo palabra, ¡oh traidora, oh luna infame, oh insolente!; échenla luego del cielo, ninguno por ella ruegue.» Alborótanse los dioses, levántanse los parientes, unos dicen que la maten, otros que bien lo merece. Mas las diosas, como nobles, y al sin fin como mujeres, que ya saben en qué caen estos dimes y diretes, no haciendo arrumacos desto, les dicen que no se alteren, y preguntanle á quien ama y responde que al Sol quiere. «Pues si es el Sol, dijo Venus, luego al momento se ordene, que el Sol y Luna se casen»; á llamarla al puesto vuelven. Van luego, avisan al Sol, vino humilde y obediente, mandan que la dé la mano á la Luna, y él, alegre, y con su suerte dichoso, aquel mandato obedece, para en uno son, les dicen, estando Himeneo presente. Fué la luna á replicar, mas de vergüenza no puede, y al fin se casó por fuerza, por el decir de las gentes. Publícase por el cielo que se hagan fiestas solemnes, que se enciendan luminarias, haya toros con cohetes, cañas, justas y torneos, haya saraos y banquetes, máscaras y encamisadas, buenas farsas y entremeses. Que vayan luego á la Tierra y traigan sin detenerse á la compañía de Ríos para que les represente. Saquen telas y brocados, haya bordados jaeces, y, sobre todo, que al punto un sastre ó dos les trajesen. Para cortar los vestidos á los novios, van y vienen, y traen un sastre famoso de aquellos que nunca mienten. Toma medida á la Luna,

llena entonces y en creciente, para jubón, ropa y saya, de tela morada y verde. Y en secreto al sastre pide, le traiga cuando volviere, dos reales de solimán, pasas, arrebol, aceite, unto de gato, sebillos, y alguna muda si hubiere, para ponerse en la cara, por el decir de las gentes. Vinose el sastre á la Tierra, y empieza muy diligente á procurar oficiales, á visitar mercaderes. Sacando lo necesario para un caso como aqueste, hiciéronse los vestidos, y hechos, al cielo se vuelve. Recíbenle con gran honra (que cualquier hombre que tiene fama de bueno en su oficio, que le honren todos merece). Vino la Luna á probarse sus galas, no muy alegre, porque estaba ya en menguante y tan anchazas le vienen, tan sin proporción, tan largas, como á niña de dos meses los vestidos de su madre, y aún más si venir pueden. Muy enojada la Luna, admirados los presentes, penoso el sastre y confuso, le mandan que los enmiende, que los achique y acorte; el desventurado viene admirado del suceso, y en los vestidos se mete como en tierra de enemigos, corta todo cuanto puede y hurta más de la mitad, por el decir de las gentes. Vuélvese al cielo otro día, amanece, no amanece, cuando él salía de casa y la hermosa Luna duerme. Aguardó que despertase, y despertó cuando viene Faetón de dar vuelta al mundo y su Cintia salir quiere. Levantóse esta señora allá cerca de las nueve, y muy gallarda y compuesta salió la Luna en creciente. Admiróse el pobre sastre, é imagina cómo pueden venirle aquellos vestidos que de criatura parecen. Saca fuerzas de flaqueza, y con sudores de muerte quiere ponerle una ropa y no halla por donde empiece. Comienzan al triste sastre á maldecille mil veces; quiere ir á dar su disculpa y aún oírsele no quieren.

Antes, con voces y estruendo, le dicen que es un aleve, un bárbaro, un ignorante, necio, simple, impertinente. Y sin ser la culpa suya, el desdichado enmudece, y de afrentado no habla, por el decir de las gentes. ¡Oh autor, sastre y sin ventura, vulgo menguante y creciente!, con razón te llamé luna, pues en todo lo pareces. ¿Qué vestido hay que te venga?, ¿qué comedia te apetece? Ya por grande, ya por chica, ¿qué ropa hay que te contente? Desdichado del autor que aquí, como el sastre, viene con farsas, aunque sean buenas, que ha de errar cuando no yerre; pues si uno no habla tan presto, no falta quien dice: «Vete; no te vayas; habla; calla; éntrate luego; no te entres.» ¡Oh Lunas en la mudanza, que no hay nada que os contente! Tiempos en la variedad, pues todos sois pareceres. Muerte en no perdonar nada, pues no hay nada á quien reserve fortuna en el ser ingratos, pues á quien la sirve ofende. ¿Cómo puedo contentar gustos que menguan y crecen, aunque os tome la medida y en serviros me desvele? Que perdonéis os suplico el yerro ó falta que hubiere, cuando no por ser quien sois, por el decir de las gentes.

94

X.—En alabanza de la Primavera.

Después que el gran artífice del cielo tuvo deshecho el caos, tuvo apartada del suelo al agua, dándole su límite, y después que compuso tantas máquinas dando entre tierra y fuego asiento al aire, y entre aire y cielo, al elemento habido, en la tierra escondió secretas minas de rubios y bellísimos metales; dió encinas á los montes, y á los llanos apacibles frutas, y á las fuentes encomendó el sustento de animales; á la tierra dió fieras, al mar peces, y á la región del aire aves ligeras; después de aquesto hecho (como he dicho), el gobierno de toda aquesta máquina, de su mano tomó el alma Natura, y siendo rica, hermosa y muy honesta, enamoróse della el viejo tiempo. Descubrióle su pena, y, en efecto,

después de haber desdenes padecido, vino á alcanzar el premio deseado y en trocar en descanso sus tormentos. Con ella se casó, y de aquesta junta nació la alegre y bella primavera; luego, tras ella, el caluroso estío, el seco otoño y erizado invierno. Creció en edad aquesta hermosa dama, y con los años crece su belleza, y della el mismo sol, enamorado, por esposa á su padre se la pide. Pídenla dioses, pídenla mil faunos, preténdenla también mil nobles héroes, primero que á Pomona, el gran Vertuno también la pide, y otros muchos dioses: sólo el lascivo amor pudo alcanzarla, y no mil dioses que esto pretendían. Al desposorio vino el gran Proteo, Tyoneo vino, Cipris y Cileno, Tritón, Diana, Dafne y Leucotoe, el noble Orfeo con su voz angélica, acompañado de la gran Caliope, y otras ninfas, pastores y zagalas (que por verse en las bodas de Cupido ninguna en su morada se detiene); deja la selva el fauno, y cuantos dioses habitan en el cielo, en monte y sierra, y los que hay en el reino del pescado, todos acuden, hasta el padre Jove con su querida Juno de la mano. A quien Temis, la diosa de la tierra, compone un rico estrado suntuoso, y derrama por ella en un instante mil diferentes flores hermosísimas de aquel color de Cicle, Ostro ó Múrices, coronas hace para sus cabezas; y tomando de Iris las colores, aljofaradas de divinas perlas, que el aurora hermosísima derrama, á la madre de amor santa y hermosa, guirnaldas preciosísimas presenta. Flora las mesas en la hierba pone, adornándolas todas con mil gracias, de rosas, de jazmines, de violetas, candidas azucenas y claveles, tejiendo de todo esto mil guirnaldas para el viento galán á quien adora. La hortelana Pomona, de sus árboles ofrece fruta á la recién casada, y después del convite ya acabado, de aquellas ninfas el hermoso coro, ordena con los dioses mil mudanzas, siendo Príapo en todo quien les guía lleno de mil lascivos pensamientos; y en efecto, acabado todo aquesto, desposorio, comida, baile y fiestas, y ya el día pasado, determinan de volverse los dioses á los cielos, y los demás adonde habían salido; dejan al novio, dejan á la novia compuesta, hermosa, grave y muy alegre, y ahora que ella está con su velado y tan contenta, me parece justo, pues es este tu día dichosísimo, y el dios Apolo entra en signo Tauro, y es cuando el suelo y aguas más se alegran, contento nada el pez y vuela el ave,